

Luis Fernando Moreno Claros

STEFAN ZWEIG

Vida y obra de un gigante de la literatura

arpa

SUMARIO

Prefacio	9
PARTE I. ILUSIONES EN UN MUNDO ESTABLE	19
PARTE II. LA «GRAN GUERRA» Y EL MUNDO RENACIDO DE LAS CENIZAS	191
PARTE III. LA DÉCADA OSCURA	343
Cronología de la vida y las obras de Stefan Zweig	473
Selección bibliográfica	487
Notas	497

PREFACIO

Stefan Zweig fue uno de los escritores más famosos de su tiempo. En los años veinte y treinta del pasado siglo y hasta su fallecimiento, en febrero de 1942, sus libros llegaron a leerse en treinta idiomas. Incluso otros autores de éxito de esa época le iban a la zaga en ventas y popularidad: Sommerset Maugham, H. G. Wells, Thomas Mann, Upton Sinclair o Vicente Blasco Ibáñez.

También en España e Iberoamérica gozó de gran celebridad, sus obras más señeras se vertían al castellano apenas aparecían en alemán. Actualmente, ochenta años después de su muerte y cuando muchos de sus libros cumplen cien años, nuevas generaciones de lectores continúan descubriendo sus relatos y novelas, las grandes biografías, los retratos literarios o sus ensayos y los artículos periodísticos. En Alemania y Austria se publican ediciones críticas que dan nueva vida a los textos; ven la luz colecciones de cartas inéditas; aparecen cómics y se filman películas sobre los últimos días de Zweig. En los escenarios internacionales se representan dramas inspirados en sus historias; en Asia se estrenan musicales y óperas inspiradas en sus obras; y en casi todo el mundo se reeditan sus libros sin cesar. Stefan Zweig sigue muy presente y mantiene un puesto relevante en el palmarés de los imprescindibles de la literatura universal.

El éxito arrollador de sus obras —primero en los países de habla alemana y enseguida más allá de sus fronteras— comenzó en 1921 con la publicación del volumen titulado *Tres maestros*. (*Balzac, Dickens, Dostoievski*)¹. Un año después, su tercer libro de relatos:

Amok. Novelas de pasión, alcanzó tiradas y reediciones nunca vistas en Europa. La primera edición del pequeño libro *Momentos estelares de la humanidad*, de 1927, vendió en poco tiempo 250.000 ejemplares solo en Alemania. E igual sucedió con *La lucha contra el demonio (Hölderlin, Kleist, Nietzsche)*, y con las biografías de Joseph Fouché, María Antonieta y María Estuardo, rotundos éxitos de ventas.

En los años treinta del pasado siglo el círculo de lectores fieles a las obras de Zweig se incrementó inmensamente a escala mundial. Sus libros se encontraban en las grandes librerías de todos los continentes, desde El Cairo a Lisboa, desde Shanghái hasta Ciudad de México. Como aseguró Thomas Mann en el aniversario de la muerte de Zweig, «su celebridad literaria alcanzaba hasta el último rincón del mundo; lo cual era un acontecimiento bien raro, dada la escasa popularidad de la que gozaba la literatura en alemán en comparación con la francesa o la inglesa. Quizá desde los días de Erasmo ningún otro escritor haya sido tan famoso como Zweig»².

En la actualidad es inevitable preguntarse a qué se debe su perpetua celebridad. Es aventurado referirse a «causas» concretas que fomentaron esa popularidad inicial. A lo sumo es posible afirmar —generalizando mucho— que la literatura de Zweig, tanto la narrativa como la ensayística, se destinaba a un público culto, perteneciente a una clase social acomodada: la burguesía de la época, pudiente y selecta en lo que a cultura se refería. Los miembros de esta clase eran los que mejor podían disfrutar de los retratos literarios de los grandes escritores y de las biografías de personajes históricos; y disfrutar también, sin demasiado esfuerzo intelectual, de los relatos sentimentales que tenían por protagonistas a personajes que representaban tipos y caracteres muy cercanos en el ambiente social a aquel que los lectores conocían y frecuentaban; o a tipos extraños que despertaban curiosidad o conmiseración. En la actualidad, la burguesía europea de antaño ha sido suplantada por la clase media culta y mantiene el gusto por Zweig. Sus obras forman parte de las bibliotecas básicas particulares y, en algunos casos, pasan de padres a hijos al igual que una joya querida pasa de una generación a otra.

Las biografías que Zweig dedicó a personajes históricos gozaron de enorme éxito en cuanto se publicaron. Atraparon a los lectores gracias a su pulso narrativo y a los minuciosos estudios del carácter de los biografiados. Esto mismo sucedió con sus retratos literarios,

de extensión más breve. Zweig trazó su propia visión de personajes como Casanova, Balzac, Hölderlin, Tolstói, Nietzsche o Freud; figuras complejas psicológicamente que describió con perspicacia y pasión, convirtiéndolas en legendarias.

En lo que respecta a su obra narrativa, versa sobre asuntos tan universales como el amor y la sexualidad, el odio, la muerte, las edades de la vida, la ilusión y el desencanto, o la psicología y la intimidad humanas. Está concebida para que interpele y resulte atractiva a un público amplio. Consta en su mayoría de historias que implican al lector en *affaires* sentimentales, en problemas eminentemente psicológicos y situaciones existenciales.

Algunos de estos relatos gozaron de gran éxito a causa de lo «picante» de su contenido. Zweig se atrevió a tratar temas «candentes» o «tabú» relacionados con la sexualidad. Como hijo de la gran burguesía vienesa, ambientó sus historias más famosas en los escenarios frecuentados por esa clase social: balnearios, hoteles de lujo, casas de juego, parques y restaurantes de Viena y otras grandes ciudades y hasta en trasatlánticos. Dichos escenarios evocaban la vida de las personas acomodadas en los mejores tiempos del extinto Imperio austrohúngaro, previos al estallido de la Primera Guerra Mundial, así como los años inmediatamente posteriores. Evocaban el *glamour* de una Europa que todavía gozaba de tiempos de bonanza, condenada a quebrarse a causa de la Gran Guerra y a desaparecer entre las ruedas de la maquinaria totalitaria. Eran escenarios idóneos para desvelar las pasiones y las pulsiones más primitivas que palpitaban en el trasfondo de aquella sociedad; pasiones elementales relacionadas con el sexo, la muerte y el lucro. Había mucho de audacia y modernidad en algunas de sus historias. Sus personajes femeninos proclamaban sus deseos abiertamente y poco tenían que ver ya con el almibarado sentimentalismo burgués de épocas anteriores. El hecho de que esos relatos die-ran una potente voz a las mujeres atrajeron al público femenino; muchas chicas jóvenes, así como madres y esposas vieron reflejados sus sentimientos en esas historias. Por contraste, los maridos y los amantes aparecían relegados a un plano secundario y eran poco menos que comparsas de las protagonistas.

Semejante modo de proceder fue revolucionario en la época, aunque no era propio solo de la literatura de Zweig. Otros autores de éxito, tales como Arthur Schnitzler en Viena o D. H. Laurence y Somerset

Maugham en Gran Bretaña, se caracterizaron en sus obras por emancipar los deseos de la mujer y, en general, por desenmascarar la hipocresía sexual de la sociedad. Esto es lo que reflejan algunos de los relatos más celebrados de Zweig, tales como «Ardiente secreto», «Amok», «Carta de una desconocida» o «Veinticuatro horas de la vida de una mujer», dotados de afinadas dosis de psicología y erotismo.

Su obra narrativa es copiosa: una treintena de relatos de diversa extensión (que él denominaba *Novellen* en alemán, el equivalente a las *short stories* en inglés); cinco «leyendas» de tema ético-religioso; las miniaturas históricas del ciclo *Momentos estelares de la humanidad*; y la única novela extensa que publicó en vida: *La piedad peligrosa*; además de otras dos novelas inacabadas: *Clarissa* y *La embriaguez de la metamorfosis*, publicadas póstumamente.

Aparte de los relatos y las novelas, de las biografías y los retratos literarios, Zweig fue autor de multitud de poemas, algunos muy reveladores de sus sentimientos más íntimos; así como de cantidad de artículos periodísticos y conferencias. Los cuadernos de diarios personales, publicados varias décadas después de su fallecimiento, constituyen testimonios ineludibles para conocer parte de su vida, al igual que la enorme cantidad de cartas, muchas de las cuales están aún sin publicar. Hay en preparación una edición crítica de «obras completas» que pretende reunir su inmenso legado literario y fijar los textos según criterios filológicos. Pero este hecho es indiferente en lo que se refiere a la imparable expansión universal y permanencia de sus obras más conocidas, que suelen ver la luz sin aparato crítico explicativo, en múltiples ediciones de lo más dispar.

Hay otro fenómeno que en las últimas décadas ha contribuido a mantener viva la popularidad de Zweig: el interés por su biografía. La trayectoria vital del creador y autor de éxito se truncó a causa del odio antisemita nacionalsocialista. El exilio forzoso y su suicidio en compañía de su segunda esposa pusieron de manifiesto la dimensión trágica de su existencia. Su tragedia personal ha influido poderosamente en la recepción más reciente de su obra y, del mismo modo, en la revalorización de su persona como intelectual, víctima del odio nazi, y como ser humano frágil y atormentado.

Algunos de los libros que publicó en su última etapa creadora —el decenio anterior a su muerte— se inspiraron en los acontecimientos políticos que acaecían en Europa: en Austria, el nacionalismo

desembocó en fascismo; y lo mismo había sucedido en Italia; en Alemania triunfaba el nazismo, y en Rusia el comunismo acabó por someter a las masas al poder absoluto de un autócrata totalitario. Los libros *Triunfo y tragedia de Erasmo de Róterdam*, *Castellio contra Calvino*, *Novela de ajedrez* y *El mundo de ayer* son los que más han contribuido a que hoy se vea a Zweig más allá de su faceta de escritor «super-ventas» de relatos psicológicos y eróticos. Su imagen ha cobrado relieves más profundos; en la actualidad se le admira como símbolo del individuo libre frente al poder político omnívoro y represor.

Se le recuerda como el hombre que se denominó a sí mismo «ciudadano de Europa y cosmopolita». Se declaró «pacifista» contrario a todas las guerras; abogó por que la gran cultura del humanismo europeo ejerciera de puente entre las naciones. Su nombre y su obra encarnan valores que hoy se ven amenazados universalmente por nefastas fantasías políticas del pasado como los populismos de tendencias opuestas y el nacionalismo. Su repulsa de este último fenómeno político, que propició la implosión del imperio de los Habsburgo y sedujo a los dictadores, quedó expresada claramente al comienzo de *El mundo de ayer*:

... he visto nacer y expandirse ante mis propios ojos las grandes ideologías de masas: el fascismo en Italia, el nacionalsocialismo en Alemania, el bolchevismo en Rusia y, sobre todo, la peor de todas las pestes: el nacionalismo, que envenena la flor de nuestra cultura europea³.

La figura de Stefan Zweig simboliza la resistencia del individuo libre frente a la opresión de los colectivismos totalitarios. Representa la autonomía de quien crea y vive en libertad, desligado de imposiciones ideológicas. En este sentido, se ha convertido en un personaje ejemplar, hoy ocupa un lugar prominente al lado de las figuras de Erasmo, Castellio, Cicerón y Montaigne —que tanto admiró— cual símbolo de cultura y humanismo, frente al mundo dominado por el poder de la violencia. Aun así, nunca fue un militante político, jamás se afilió a un partido, y tampoco fue un agitador o el propagandista de una ideología concreta.

Antes de que la política invadiera su vida y quebrara su existencia, nunca mostró interés por ella. Se hizo pacifista después de la Gran Guerra, pero su postura fue «meta-política», la misma que adoptaron

numerosos artistas e intelectuales de su época que se declararon defensores del cosmopolitismo y de los valores e ideales humanistas de Occidente. Sin embargo, la vida de Zweig, al igual que la de millones de hombres y mujeres de su tiempo, estaba fatalmente marcada por unos derroteros políticos apocalípticos.

Que «la política» determinaría el destino de los hombres y mujeres de la edad contemporánea como jamás lo había hecho antes, se lo auguró Napoleón a Goethe en 1808 durante el breve encuentro que mantuvieron ambos con ocasión del Congreso de Erfurt. El emperador de Francia se hallaba en la ciudad alemana que acogía el acontecimiento para reunirse con el zar Alejandro I de Rusia, y encontró tiempo para conceder un cuarto de hora de charla al también «emperador» de las letras germanas. El ministro francés Talleyrand, que estuvo presente, lo reflejó en sus memorias. Napoleón era un ferviente admirador de *Las penas del joven Werther* y un entusiasta de Voltaire —de quien Goethe había traducido su *Mahoma* al alemán—, así que habló muy afablemente de estas dos obras. Después de recibir a Goethe con sumo alborozo, exclamando las célebres palabras: «*Vous êtes un Homme!*» («¡Sois un hombre!»), el corso no se privó de criticar un pasaje del *Werther* tachándolo de «poco natural». Goethe nunca dijo de qué pasaje se trató. Solo se sabe que replicó cortésmente algo así como que «el hado es el rector de los destinos humanos». Napoleón, hombre mucho más pragmático y curtido en las hazañas bélicas, apostrofó que eso ya no era así en los tiempos que corrían: «¿A qué hacer intervenir hoy al “hado” o a los dioses? —dijo—. Hoy ya no hay hado. ¡Hoy el hado es la política!»⁴.

Goethe tenía sesenta años cuando oyó esas palabras de boca de Napoleón y aún le quedaban casi cinco lustros más de vida y de fama. Él mismo pasó con valentía y distancia por encima de los acontecimientos políticos de su tiempo, que solo lo rozaron, sin que llegaran a determinar vitalmente su manera de vivir o su lugar de residencia, muy al contrario de lo que le sucedió a Zweig.

Este último carecía del aguante y de la fortaleza personal del primero, apodado el «Júpiter» de las letras alemanas, por eso eligió abandonar el mundo voluntariamente apenas cumplidos sus sesenta años. Zweig temía a la vejez, le incomodaba notar el deterioro de sus facultades físicas y le amedrentaba la debilidad mental que, con la edad, se apodera sin remedio de la materia neuronal. Pero lo que más

temía era una vejez desprotegida, errante. Su sexagésimo cumpleaños lo celebró sin mucha algazara en el exilio, lejos de Viena y de Salzburgo, apartado también de Inglaterra, que había sido casi un nuevo hogar para él en sus últimos años. Echaba de menos a sus amigos de siempre y se veía privado de sus libros más queridos. Se hallaba separado de manera definitiva no ya únicamente del «mundo de ayer», sino del mundo que le era propio: Europa y su cultura; y temía, además, que la nueva guerra mundial acabase definitivamente con los restos de todo cuanto amaba.

Fue incapaz de soportar la extrema situación vital a la que lo empujó la terrible política de su tiempo. A comienzos de 1942, el año de su muerte, los dictadores Hitler, Mussolini y Stalin convertían Europa en un infierno. Son incontables los escritores, los intelectuales y artistas que padecieron el estigma que les imprimió la nefasta política de esos años, cautiva de ideologías totalitarias y de odios raciales y nacionales. Desde la llegada de los nazis al poder en 1933, primero en Alemania, pero luego en Austria y en otros países de Europa, cuantos eran de origen judío o cuantos se manifestaban en contra del nacionalsocialismo, lo pagaban con el exilio o la muerte; muchos, como el filósofo Walter Benjamin o los escritores Ernst Weiss y Joseph Roth, entre los más conocidos, optaron por quitarse la vida antes que padecer más ignominias. Y lo mismo hizo Zweig.

El suicidio de este y de su esposa Lotte Altmann constituye el tema prioritario de varios ensayos biográficos actuales. La tragedia se rememora y analiza en películas y cómics recientes. Enfatizan la figura del exiliado, del mártir, y con ello la dimensión política de un escritor que jamás quiso desempeñar ese papel de mártir ni de símbolo político. La presente biografía elude redundar más en lo que ya ha sido tan ahondado, ofrece una visión panorámica de la vida de Zweig y el comentario de algunas de sus obras, al menos de las más relevantes. Fueron sus obras la pasión y la razón de su existencia, por eso continuó incrementándolas hasta poco antes del acto final voluntario con el que se despidió del mundo. Al igual que Marcel Proust, fallecido entre las páginas de galeradas de *À la recherche du temps perdu* que había estado corrigiendo, también Zweig murió casi con la pluma en la mano. Apenas un día antes de su suicidio, se aseguró de que las copias mecanografiadas del último relato que escribió, *Novela de ajedrez* —sacadas en limpio por Lotte—, partieran hacia la dirección de sus

editores en Estados Unidos y Europa. Para él sus creaciones literarias fueron como las enredaderas trepadoras que iban revistiendo de frondas la desnuda columna de su ser.

Stefan Zweig fue un hombre reservado, dejó pocos testimonios de sus sentimientos y de sus interioridades psicológicas. *El mundo de ayer*, su libro autobiográfico, revela escasos sucesos de carácter íntimo; es la radiografía de una época antes que la de su propia vida. Resulta curioso, por ejemplo, que ni una sola vez a lo largo del libro mencione a ninguna de sus dos esposas, así que el lector nada sabe de su verdadero amor o desamor por ellas. Tampoco explica la génesis de sus libros, ni siquiera de los esenciales, de los que comenta muy poco. Quien lee *El mundo de ayer*, un excelente ensayo de indudable interés histórico y sociológico, se lleva un chasco al no encontrar apenas nada sobre la intimidad de su autor, su carácter o sus afectos, y poco sobre sus obras.

El volumen de *Diarios*, publicado en 1984 en Alemania y en 2021 en España, da testimonio de experiencias personales de su vida cotidiana a lo largo de algunos años, pero tampoco contiene reflexiones del autor sobre su personalidad o su ser más íntimo. A tenor de la falta de testimonios propios sobre su vida privada, puede decirse que Zweig, al igual que Descartes, «amaba las máscaras». Tanto el autor del *Discurso del método* como el de *El mundo de ayer* evitaron que la opinión pública supiera de sus interioridades. Tampoco las miles de cartas que cruzó con cientos de amigos y conocidos abundan en detalles sobre su manera de ser. En este sentido, Zweig se parece poco a un escritor como Kafka, su contemporáneo, el cual escribió al detalle sobre los múltiples aspectos de su compleja personalidad, de modo que sus biógrafos lo saben casi todo sobre su manera de ser.

Pese a la escasez de revelaciones íntimas del propio Zweig y de comentarios suyos sobre sus libros, quien indaga en su vida cuenta con los numerosos testimonios de muchas de las personas que lo trataron; los amigos y conocidos del escritor dejaron descripciones de su manera de ser y de su carácter que tienen un gran valor biográfico; gracias a ellos se sabe bastante de aquello que él prefirió guardarse para sí.

En lo que respecta a su cronología vital, Zweig mismo marcó la ruta que podría seguir una descripción general de su vida. Al comienzo de *El mundo de ayer* observó que, en rigor, podía decir que había tenido «tres vidas». Tal era el título que en un principio pensó ponerle

a su libro autobiográfico. Se refería a las tres épocas bien definidas en las que vio segmentada su trayectoria vital. La primera fue la época anterior a la Gran Guerra; la segunda, el periodo de la catástrofe bélica y de la posguerra (los «felices años veinte»); y la tercera, la época de los ominosos años del exilio y el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Esa triada vital define las tres partes principales en las que se divide esta biografía.